

En 1936 se congregaron en Buenos Aires escritores de Europa, maestros de vario saber , y nuestros adelantados , claros representantes de las letras americanas. Entre ellos se estableció una conversación importante y libre, confiada a veces, otras inquieta y como agoniosa en torno a una cuestion capital: las relaciones intelectuales entre el Viejo Mundo y la América hispanolatina.

Para algunos de los interlocutores , la antigua y noble cultura de Occidente sufre ahora en ultramar verdadera trasmutación , una metamorfosis , y a tal remozamiento asisten con entusiasmo los maestros europeos; según otros , la contribución de América en la evolución de esa cultura es menos radical : de uno a otro lado del Atlántico , florecen dos aspectos de una misma civilización , y de las sociedades mozas llegan a Europa solamente un nuevo matiz , un acento, una modalidad digna de atención. El continente guiador sabe que los pueblos ultra oceánicos se hallan amenazados por los mismos peligros que a él le aprietan , principalmente , el olvido de la calidad, los excesos del maquinismo y la fuerza plúmbea de las masas.

En aquel debate llegaron a pronunciarse palabras condenatorias. Se afirmó que, en los años de la post guerra, Europa ha perdido su antiguo prestigio , que no sabe ya organizar y concertar , que es inferior al continente joven en obras de justicia y de paz. La escisión pareció clara en determinadas ocasiones y ^{de} afirmarse , podía conducir a las naciones hispanoamericanas a separarse del antiguo grupo de naciones europeas en crisis de desencanto , y a renunciar allí donde la anarquía se extiende y faltan las grandes lumbres.

Va a reabrirse la discusión actualmente , bajo los auspicios de la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual , en forma de correspondencia entre escritores a la cual las circunstancias presentes confieren una significación trascendental. La Comisión no establece directivas, no pone límites demasiado precisos a un intercambio de ideas, de esperanzas y de admoniciones que debe ser libérrimo. Confía en que va Ud. a esclarecerlo con su talento , con su autoridad en las letras , con su conocimiento de nuestros problemas y su simpatía para nuestras preocupaciones.

Si fuera yo llamado a opinar al lado de Ud. , afirmaría resueitamente que la pregonada decadencia no puede aplicarse a la Europa de nuestro tiempo , que ésta ni agoniza ni declina. Es cierto que ha preferido a ve-

que animaba a los hombres con alguna función intelectual cuando juzgaban los valores nacionales, tanto los de orden político como los culturales. Era la época en la cual muchos espíritus se pasaban los días realizando excursiones imaginarias por los barrios latinos concentrando allí todas sus preocupaciones y poniendo límite al horizonte de sus ambiciones, mientras graves problemas amenazaban la independencia económica y política de la nación. Cuatro o cinco figuras próceres, colocadas a lo largo de varios millones de kilómetros de tierra, debían hacerse escuchar a través de selvas y mares, de montañas y llanuras, por millones de seres diseminados sobre ese orbe llamándolos al examen de conciencia de la realidad nacional. América surgía de una profunda crisis política, a un mundo inorgánico donde todo era empresa de largo aliento. Pero a través de tanto riesgo, de tanta lucha, el destino de Europa fue y seguirá siendo nuestro destino porque una sola conciencia histórica une a los pueblos en el proceso de la cultura. América ha dejado de ser ese continente joven e inexperto que apareció ante los ojos de Europa en los comienzos del siglo XIX, huérfano de tradición y de gloria.

Ninguna inteligencia medianamente equipada admite la posibilidad de una ruptura, ni siquiera de un alejamiento del viejo continente, que nutre nuestro constante afán de saber. Nuestra cultura es Europea de base y desarrollo: nosotros apenas la hemos tomado para hacer de ella usos diversos. Nos la hemos apropiado hasta justificar con respecto a esa cultura lo que dijo Barrés de las columnas de la mezquita de Córdoba: "cortesanas vendidas a todos los dioses triunfadores". De la cultura europea hemos hecho lo que hemos querido no siempre con buenos resultados. Y ahora esta guerra amenaza destruir lo mejor que produjeron esas naciones en lucha, que fueron los valores morales en que estaba o estuvo basada la civilización. Ha existido siempre entre ellos y nosotros un problema terrible de incomprensión. El europeo ha considerado inútil, o si inútil la colaboración de estos pueblos en el desarrollo de los acontecimientos en los cuales son protagonistas o espectadores. Recién ahora han advertido que la aportación de ideas, de iniciativas que elabora una imaginación sensible como la nuestra, pueden enriquecer cualquier estructura cultural. Esa falta de interés y de curiosidad que se advierte en Europa por todo lo que se refiere a este Nuevo Mundo, sobre todo en el orden de la inteligencia, que los hace ignorar hasta los más elementales detalles geográficos e históricos de pueblos habitados por más de cien millones de seres humanos, con peculiaridades propias raciales e históricas, proporciona armas mortíferas a los indómitos tiradores que pretenden ejercer su puntería en el blanco de América para los americanos. Por contraste, el estudiante de las escuelas secundarias de

quier país de América posee una información histórica y geográfica de los países del viejo mundo que abismaría al hombre culto europeo. Por otra parte resulta inconsistente el argumento que se esgrime cuando se dice que el europeo puede ignorar la existencia de este continente, puesto que carecemos de una expresión propia y de obras representativas de una cultura que, por su vasta significación en el mundo de la inteligencia, puedan considerarse con categoría universal. Semejante argumentación atenta contra el espíritu de investigación y de análisis histórico que es la cualidad primordial de toda cultura orgánica.

América ha dejado de ser ese conglomerado de naciones que el europeo suele ver de un mismo color, talvez juzgándola por sus formas aparentes como ser el uso de un idioma común a pesar de las marcadas diferencias expresivas que acusa el lenguaje de los diversos pueblos de nuestro continente. El europeo de cualquier condición social o categoría intelectual que sea, posee una acentuada tendencia a considerar exótico lo que no esté al alcance de su comprensión. O por lo menos lo que se empeña en no querer comprender. Es así como el exotismo desarrolla la facultad imaginativa y nos vemos con frecuencia representados por una imagen deformada. Así es como se ve América tierra de indios o de gauchos. Los pueblos del Nuevo Mundo a pesar de sus defectos que los irán corrigiendo a medida que vayan adquiriendo conciencia de su valor y acentuando su gravitación social, han de constituir un capítulo importante en la historia universal, no sólo por la importancia de su economía, por su fé a veces alucinada en los ideales de la paz y de la justicia, sino también por su hondo sentido de humanidad. Ha arquitecturado un cuerpo de doctrinas jurídicas, de principios políticos, que revela su espíritu de solidaridad y de colaboración. Deseo mencionar aquí como una prueba de esta voluntad de cooperación intelectual en su más amplio sentido los trabajos científicos del fisiólogo argentino Bernardo Houssay, cuyas investigaciones en los dominios de la endocrinología representan una contribución importante como lo fué también el método de la transfusión de la sangre creado y perfeccionado por el profesor Agote. Los problemas relacionados con la cultura universal constituyen motivo de constantes estudios en los institutos universitarios argentinos. Precisamente dos facultades de filosofía del país acaban de tributar un homenaje a Descartes, el más grande trabajador de la unidad espiritual, que sirve para testimoniar nuestra fé en el destino de la inteligencia y nuestra vinculación con la tradición intelectual del mundo. Esos cuatro volúmenes representan un esfuerzo y una vocación dignos de ser señalados. Y sirven también para mostrar que de esta parte del mundo

do la civilización cuenta posiblemente con un porvenir, pues existen entre nosotros elementos, energías que, dignamente empleados, servirán para conservar la herencia de una cultura que las constantes crisis europeas pueden condenar a su desaparición.

América ha tenido que ganar una victoria sobre sí misma, ha tenido que derrotar al enemigo que llevaba consigo en su entraña lo que le ha permitido realizar ese frío análisis de conciencia gracias al cual ha podido juzgar con un fino y discreto sentido de valoración la realidad nacional. Esa valoración le ha permitido reconocer que América se nutre de Europa, y que un mismo ideal une a través de los mares a las viejas culturas con estas nuevas formas de la inteligencia que florecen en nuestro continente entre el afanoso batallar; la fe común en las fuerzas del espíritu y en su seguro destino. Ese examen de conciencia nos ha revelado también nuestro destino y la responsabilidad que nos incumbe en este dramático proceso de la historia que conturba a todas las inteligencias y al cual se acercan generosamente porque no llevan en su admiración ni sueños de la inexperiencia ni reivindicaciones de la amargura. En nuestra época ni Europa ni América se va a distinguir por hacer partenones o catedrales góticas y como Europa se desgarrá ciegamente en la guerra de los campos y de las ciudades, los países americanos con sentido deben tender a destacarse por las artes de la paz. Hay ya en América elementos de todo género heredados de Europa para que la civilización europea se conserve. Poco de lo verdaderamente substancial de la cultura de Roma se perdió al desaparecer ese imperio. En América hay ya las bases, en técnica, en arte, en expresión literaria, en comprensión filosófica de la vida, para adelantar una cultura que no será propia ni exclusiva, pero que tenderá cada vez más a separarse de la europa^e sin desconocerla.

ANTONIO AITA

*B.Ba, completa, completa
y sustanciosa*